

# ARTÍCULOS RESEÑA

## LITERATURA ERRANTE: EL *DIARIO* DE ZENOBIA CAMPRUBÍ

BEN A. HELLER  
The Ohio State University

Ya que las expectativas surgidas alrededor del Quinto Centenario del «descubrimiento» mutuo de los dos mundos (nuevo y viejo) han tomado cuerpo y forma en una especie de alucinación tecno-económica lindando en el cliché, tal vez sea hora de recordar que la hazaña de 1492 ha sido repetida numerosísimas veces desde Colón hasta nuestros días, dando origen a una nutrida tradición de textos que recuerdan estos periplos. El *Diario I: Cuba (1937-1939)* (Alianza/Universidad de Puerto Rico, 1991) de Zenobia Camprubí —primero de tres volúmenes planeados— forma parte de esta literatura de viajeros y participa generalmente en sus logros (historicidad saludable, visión exterior, para no decir «objetiva», de una cultura) y en sus deficiencias (historicidad excesiva, visión superficial, turística). Pero los logros sobrepasan en número a las deficiencias, y el *Diario* merece una lectura cuidadosa.

Zenobia Camprubí salió de España en 1936, al estallar la Guerra Civil española, en compañía de su esposo, el poeta Juan Ramón Jiménez. Llegaron primero a París pero embarcaron pronto para el nuevo mundo, pasando por Nueva York y Puerto Rico antes de arribar a Cuba el 24 de noviembre de 1936. La razón oficial para la estancia en la Isla era el trabajar en dos proyectos editoriales, una edición escolar de una antología de Juan Ramón Jiménez y otra de poesía de Rabindranath Tagore en traducciones de Juan Ramón y de Zenobia. Se instalaron en un pequeño cuarto con baño en el Hotel Vedado en La Habana, y pronto trabaron amistad con gran número de intelectuales y ar-

tistas cubanos (Eugenio Florit, Jorge Mañach, Juan Marinello, José Lezama Lima y otros), llevando una vida sumamente social, sorprendente para una persona tan ensimismada y contemplativa como lo era Juan Ramón. Además de esta élite cubana, la pareja se mantuvo en constante contacto con muchos de los intelectuales españoles que pasaban por Cuba huyendo de la guerra o sin posibilidades de regresar por la misma, como Menéndez Pidal, Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Fernando de los Ríos, y muchos otros. Para completar el panorama social, Juan Ramón solía pasar las noches en la planta baja del hotel en tertulia con los otros huéspedes y con gente común cubana, lo cual Zenobia veía como un desperdicio completo de tiempo, pero que a Juan Ramón le era obviamente necesario síquicamente.

Aunque ambos, Juan Ramón y Zenobia, recibían cheques mensuales, de una renta que tenía Zenobia de la rama materna de la familia y de lo que Juan Ramón ganaba de las diferentes ediciones de sus libros, fueron unos momentos difíciles económicamente. En España Zenobia había montado una tienda de artesanía española que le proporcionó una vida sin ansias financieras. Sin esa adición a los ingresos mensuales y con la merma continua de sus fondos causada por su apoyo generoso a varias personas en España (ex-sirvientas, doce niños huérfanos auxiliados al comienzo de la guerra y otros), Juan Ramón y Zenobia vivían constantemente cortos de dinero, aunque esta escasez era relativa a la abundancia anterior y no impedía que llevaran una vida bastante lujosa —comidas en restaurantes, viajes de placer a otras partes de la isla, etc. Además, durante el primer año en Cuba Juan Ramón trabajó mucho pero en varios proyectos no remunerados, por ejemplo dos antologías, una de poetas cubanos (*La poesía cubana en 1936*), y otra parecida de poetas puertorriqueños, además del famoso coloquio con Lezama Lima. Desde el punto de vista intelectual, estos proyectos ayudaron a dar cierta coherencia a la poesía de estas dos islas y revelaron la extraordinaria riqueza de la misma; además sirvieron para poner al poeta en contacto con muchos que compartían su devoción por la palabra. Sin embargo, desde un punto de vista económico, que era el de Zenobia —en gran medida como contrapeso al sentido pragmático atrofiado de su esposo—, estos proyectos no contribuyeron en absoluto a la labor esencial de sobrevivencia de la pareja. Y cuando se terminaron estos proyectos el poeta entró en uno de sus re-

currentes períodos de depresión, lo cual aumentó poderosamente el nivel de frustración de Zenobia y exacerbó sus deseos de dejar Cuba e irse a los Estados Unidos, donde ella tenía familia y donde pensaba que habría más posibilidades de trabajo, tanto para ella como para su marido. Después de una estancia de casi dos años en Cuba, fueron a Nueva York donde permanecieron durante el otoño de 1938, y luego de una visita de dos meses a Cuba volvieron a los Estados Unidos donde vivieron hasta los años 50. El primer volumen del diario termina justamente al embarcar de nuevo para los Estados Unidos en 1939.

Este *Diario I*, escrito originalmente en inglés (Zenobia venía de una familia bilingüe puertorriqueña por el lado materno) y traducido con soltura por Graciela Palau de Nemes, que también hizo la introducción y notas, es de verdadero valor histórico puesto que da testimonio de la experiencia del exiliado, y más importante —por ser menos común— de la mujer exiliada, durante la Guerra Civil. Esta historia es una de frustración e impotencia, de deseos de ayudar pocas veces realizados por falta de medios, y de placeres impedidos por la idea omnipresente de «los que no pueden» porque no habían encontrado manera de escapar de España. Es la historia del *contorno* de la Guerra Civil, con la dialéctica de culpabilidad y de alivio que habita esa periferia. Su valor histórico también radica en la imagen precisa de una mujer intelectual y activa, que no hallando manera de trabajar para ganarse la vida durante estos primeros años de exilio, trabaja voluntariamente en varios proyectos cívicos además de ayudar a su esposo en cuanto a mecanografía, lectura de pruebas, etc. El séquito continuo de tés, almuerzos, cenas, fiestas, reuniones, viajes a Trinidad, a Matanzas y otros lugares, y las referencias numerosas a amigas del Lyceum de La Habana, pueden parecer triviales para algunos lectores, pero nos dan una clara idea del círculo de acción posible para una mujer de esta clase social y nivel de educación.

El *Diario* también interesa desde el punto de vista literario, no tanto por el estilo sino porque ofrece una visión más exacta del poeta de *Diario de un recién casado* y de *Espacio*. Esta imagen complementa la que el lector deriva de la poesía de Juan Ramón Jiménez, complicándola, mostrando un ser por turnos afable y huraño, distante y cariñoso, neurótico y adaptado. En cierta manera el *Diario* de Zenobia es un intertexto imprescindible para la

lectura de la poesía juanramoniana, ya que mucho de lo que se eliminó en el proceso purificador de la poesía está registrado —en toda su impureza y paradójicamente importante trivialidad— aquí. Otro logro del *Diario* (y de las muchas y útiles notas a pie de página) es su recreación de una complicada red de lecturas, conciertos y exhibiciones de arte, que coloca la producción de Juan Ramón Jiménez en un contexto cultural que le da sentido y valor en su circunstancia histórica. Esta red ofrece al crítico gran cantidad de pautas de investigación, de las cuales las más fructíferas tal vez sean las obras populares, muchas veces de segunda categoría pero de gran interés a los lectores del momento, leídas por Zenobia y contadas al poeta en momentos de descanso.

A pesar de los valores mencionados arriba, hay que señalar que Zenobia muestra una actitud sumamente conflictiva con respecto a Cuba, actitud reminiscente de la condescendencia y superficialidad encontradas frecuentemente en libros de viajeros. Aunque la autora valora sus relaciones con los intelectuales cubanos y la gente de bien, y también muestra un gran aprecio de la naturaleza tropical (si no el clima húmedo y caluroso, el cual detesta), revela una revulsión hacia la gente común y su cultura popular. Por ejemplo, después de conocer a la directora de la prisión de mujeres donde habrá de trabajar como voluntaria durante algunos meses, escribe lo siguiente: «Cuba está definitivamente corrompida de acuerdo a cosas ya en desuso en otros países. Hay un gran grado de inferioridad mental que no parece existir entre los campesinos españoles, con su gran sentido moral, no importa cuán primitivo» (55). La inmensa ironía de este comentario viene del hecho de que la autora no percibe que su mito de la España moral estaba siendo destruido por los mismos españoles en la brutalidad organizada de la guerra, mientras la Isla, y Latino América en general, acogía con verdadero calor humano a la pareja desarraigada. ¿Otro ejemplo de las fuerzas de curación de lo que Lezama llamaba el espacio gnóstico americano?